

UNA

MATAR ES FÁCIL

MUERTE

LO DIFÍCIL ES SALIR IMPUNE

MERECIDA



PETER

SWANSON

PETER SWANSON

UNA MUERTE MEREcida

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Kind Worth Killing*

© Peter Swanson, 2015

© por la traducción, Albert Fuentes, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-670-5227-5

Depósito legal: B. 7.304-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Ted

—¿Qué tal? —dijo ella.

Miré la mano pecosa y pálida sobre el respaldo de un taburete libre que tenía justo a mi lado en la sala vip del aeropuerto de Heathrow. Luego levanté la vista y miré a la desconocida.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

No me resultaba especialmente familiar, pero su acento estadounidense, su blusa blanca y planchada a la perfección, sus vaqueros ceñidos y metidos por dentro de unas botas de caña alta, todo en ella me hizo pensar en las espantosas amigas de mi mujer.

—Me temo que no. Sólo me ha deslumbrado la copa que está tomando. ¿Le importa? —Dobló su cuerpo largo y esbelto para sentarse sobre el cuero del taburete giratorio y dejó el bolso en la barra—. ¿Es ginebra? —preguntó, refiriéndose al dry martini que tenía enfrente.

—Hendrick's —respondí.

Llamó con un gesto al camarero, un mocoso con el pelo de punta y el mentón grasiento, y le pidió un dry martini de Hendrick's con dos aceitunas. Cuando le sirvieron la copa, la alzó hacia mí. Me quedaba un sorbito y propuse:

—Por las vacunas contra los vuelos internacionales.

—Brindo por ello.

Apuré mi cóctel y pedí otro. Se presentó, dándome un nombre que olvidé al instante. Y yo le dije el mío, Ted y punto, no Ted Severson, por lo menos, no en ese momento. Nos tomamos nuestros cócteles en esa sala demasiado mullida y demasiado iluminada del aeropuerto de Heathrow, intercambiando algunas palabras y confirmando al final que los dos estábamos haciendo tiempo antes de embarcar en el mismo vuelo directo al aeropuerto Logan de Boston. Extrajo una novelita de bolsillo de su bolso y se puso a leer. Aproveché la oportunidad para mirarla bien. Era hermosa, larga melena pelirroja, ojos claros de un azul verdoso, como un mar tropical, y una piel tan pálida que era como el blanco casi azulado de la leche desnatada. Si una mujer así se sienta a tu lado en tu bar de cabecera y aplaude la copa que has pedido, piensas que está a punto de cambiarte la vida. Pero las normas son otras en los bares de aeropuerto, porque tus cómplices de fatigas alcohólicas están a punto de lanzarse en direcciones distintas de la tuya. Y aunque esa mujer volaba a Boston, todavía me hervía la sangre al recordar la situación que me esperaba en casa con mi mujer. No había pensado en otra cosa durante la semana que había pasado en Inglaterra. Casi no había probado bocado, casi no había dormido.

La megafonía escupió un anuncio en el que las dos únicas palabras discernibles fueron «Boston» y «retraso». Eché un vistazo al letrero sobre las hileras retroiluminadas de botellas del mejor alcohol y vi que nuestra hora prevista de despegue se retrasaba sesenta minutos.

—Tenemos tiempo para otra ronda —dije—. Invito yo.

—Por qué no —respondió ella, y cerró el libro deján-

dolo boca arriba sobre la barra, al lado de su bolso. *Las dos caras de enero*. Patricia Highsmith.

—¿Qué tal el libro?

—Escribió mejores.

—Nada peor que un libro malo y un largo retraso en el vuelo.

—¿Qué lee usted? —preguntó.

—El periódico. No soy muy de leer libros.

—Y entonces ¿qué hace cuando vuela?

—Tomar dry martinis. Planear asesinatos.

—Interesante.

Me ofreció una sonrisa, la primera que había visto. Era una sonrisa franca que le provocaba una arruga entre el labio superior y la nariz y revelaba una dentadura perfecta y una franjita de encías sonrosadas. Me pregunté cuántos años tendría. Cuando se había sentado a mi lado, pensé que andaría por los treinta cumplidos, más cerca de mi edad, pero su sonrisa y el rocío de pecas difuminadas sobre el puente de la nariz hacían que ahora la viera más joven. Veintiocho, tal vez. La edad de mi mujer.

—Y también trabajo, claro, cuando vuelo —añadí.

—¿A qué se dedica?

Le conté la versión resumida, cómo invertía y asesoraba a nuevas empresas de internet. No le dije de qué forma sacaba tajada: vendiendo esas mismas empresas en cuanto empezaban a tener futuro. Y tampoco le conté que en realidad no tenía ninguna necesidad de volver a trabajar en la vida, que había sido uno de los pocos inversores tecnológicos de finales de los noventa que se habían bajado del tren (liquidando de paso todas mis acciones) justo antes del estallido de la burbuja puntocom. Si se lo oculté fue sencillamente porque no me apetecía

hablar de ello en ese momento, no porque pensara que a mi nueva compañera pudiera parecerle obsceno o porque temiera que se le pasaran las ganas de hablar conmigo. Nunca me ha parecido que tenga que disculparme por la fortuna que he amasado.

—¿Y usted? ¿A qué se dedica? —pregunté.

—Trabajo en el Winslow College. Soy archivera.

Era una universidad femenina en un barrio residencial a unos treinta kilómetros al oeste de Boston. Le pregunté qué hacía una archivera, y me contó lo que supuse que era la versión resumida de su trabajo, cómo recopilaba la documentación de la universidad y se ocupaba de su conservación.

—¿Y vive en Winslow? —pregunté.

—Así es.

—¿Casada?

—No. ¿Y usted?

Cuando me lo preguntó, me percaté de que volvía sutilmente la mirada para buscar una alianza en mi mano izquierda.

—Sí, por desgracia —dije. Entonces levanté la mano para que pudiera ver mi anular vacío—. Y, no, no me quito el anillo de boda en los bares de los aeropuertos por si una mujer como usted se sienta a mi lado. Nunca he llevado anillos. No soporto la sensación.

—¿Por qué «por desgracia»?

—Es muy largo de contar.

—Nuestro avión sale con retraso.

—¿De verdad quiere oírme hablar de mi sórdida vida?

—¿Cómo iba a responderle que no si me la pinta así?

—Si se la cuento, voy a necesitar otra de éstas. —Levanté mi copa vacía—. ¿Y usted?

—No, gracias. Mi límite son dos. —Hincó los dientes en una de las aceitunas del palillo y la desensartó para metérsela en la boca. Entreví por un instante la punta sonrosada de su lengua.

—Siempre digo que dos dry martinis son demasiados y que tres no bastan.

—Qué ocurrente. ¿Eso no lo decía también James Thurber?

—Es la primera vez que oigo ese nombre —dije sonriendo con suficiencia, aunque me sentía un poco ridículo por haber intentado colar una cita famosa como si fuera mía.

El camarero apareció delante de mí y pedí otra copa. La piel en torno a mi boca tenía ese agradable entumecimiento que te da la ginebra, y sabía que corría el riesgo de beber y hablar más de la cuenta, pero allí mandaban las normas de aeropuerto, a fin de cuentas, y aunque mi compañera de vuelo vivía a sólo treinta kilómetros de mi casa, ya había olvidado su nombre y sabía que las posibilidades de que nuestros caminos volvieran a cruzarse eran más que escasas. Además, estaba a gusto conversando y bebiendo con aquella desconocida. El simple hecho de poder pronunciar palabras en voz alta me estaba liberando de parte de la rabia que sentía.

Por eso le conté mi historia. Le conté que mi mujer y yo llevábamos tres años casados y que vivíamos en Boston. Le hablé de la semana que habíamos pasado en septiembre en el hotel Kennewick Inn, en la costa meridional de Maine, y que nos habíamos enamorado de la zona y habíamos comprado un terreno en primera línea de mar a un precio tan exorbitado que daban ganas de echarse a reír. Le conté que mi mujer, como tenía un máster en algo llamado Arte y Activismo Social, se ha-

bía considerado capacitada para codirigir el proyecto de la casa con un despacho de arquitectos y que últimamente pasaba la mayor parte de su tiempo en Kennewick, trabajando con un maestro de obras que se llamaba Brad Daggett.

—¿Y ella y Brad...? —preguntó, después de meterse la segunda aceituna en la boca.

—Pues sí.

—¿Está seguro?

Por eso entré en detalles. Le conté que Miranda había empezado a cansarse de nuestra vida en Boston. Durante nuestro primer año de casados se había dedicado en cuerpo y alma a decorar nuestra mansión victoriana en el South End. Después, se había buscado un trabajo a media jornada en la galería de una amiga en el SoWa, un barrio de artistas al sur de la ciudad, pero ya entonces empecé a darme cuenta de que el ambiente estaba cada vez más viciado. Nos quedábamos sin conversación a media cena y ya no nos metíamos en la cama a la misma hora. Lo peor, sin embargo, era que habíamos perdido las identidades que nos habían definido en los primeros días de relación. Al principio, yo era el empresario rico que la introducía en el mundo de los vinos caros y las galas benéficas, y ella era la artista bohemia que reservaba viajes a playas tailandesas y le gustaba quedar en antros del centro. Sabía que a nuestra manera encarnábamos un tópico trillado, pero a nosotros nos funcionaba. Conectábamos a todos los niveles. Ni siquiera me disgustaba pensar que, aun considerándome guapo pero no especialmente atractivo, nadie fuera a fijarse en mí cuando estaba con ella. Tenía las piernas largas y los pechos grandes, la cara en forma de corazón y unos labios carnosos. Su pelo era castaño oscuro, pero

siempre lo llevaba teñido de negro. Se lo peinaba de tal forma que pareciera enmarañado, como si acabara de levantarse de la cama. Tenía la piel perfecta y no necesitaba maquillaje, aunque nunca salía de casa sin pintarse la raya en los ojos. En bares y restaurantes, veía a hombres que se quedaban pasmados mirándola. Quizá estuviera proyectando mis sentimientos en ellos, pero las miradas que le echaban eran hambrientas y primarias. Me alegraba entonces de no vivir en una época o en un país donde los hombres solieran llevar encima armas de fuego.

Nuestra excursión a Kennewick, Maine, había sido improvisada, una respuesta a su queja de que no habíamos pasado unos días a solas en más de un año. Fuimos la tercera semana de septiembre. Los primeros días fueron radiantes y cálidos, pero el miércoles de esa semana entró una borrasca desde Canadá y nos quedamos atrapados en nuestra suite. Sólo salíamos para comer langosta con cerveza blanca de Maine en la taberna que había en el sótano del hotel. Tras el paso de la tormenta, los días fueron fríos y secos, la luz más gris, y los crepúsculos más largos. Nos compramos unos jerséis y exploramos el camino que, empezando justo al norte del hotel, recorría casi dos kilómetros de acantilados, serpenteando entre el erizado Atlántico y su costa rocosa. El aire, que hasta hacía poco había sido bochornoso y nos traía aromas de loción solar, era ahora frío y olía a salitre. Nos enamoramos los dos de Kennewick, tanto que cuando vimos un terreno en venta lleno de rosales silvestres y escaramujos en lo alto de un promontorio al final del camino, llamé enseguida al número de teléfono que había en el cartel y de inmediato les hice una oferta.

Un año más tarde habían arrancado todas las zarzas, excavado los cimientos y casi terminado la fachada de una casa de ocho habitaciones. Habíamos contratado como maestro de obras a Brad Daggett, un divorciado fornido con una buena pelambarrera negra, perilla y una nariz que parecía torcida. Mientras yo pasaba las semanas en Boston —asesorando a un grupo de recién graduados del MIT que habían creado un nuevo algoritmo para un motor de búsqueda en entorno blog—, Miranda se quedaba cada vez más tiempo en Kennewick, alojándose en el hotel y supervisando las obras, obsesionada con cada azulejo e instalación de la casa.

A primeros de septiembre, decidí darle una sorpresa y subí a verla en coche. Dejé un mensaje en su móvil cuando me metí en la interestatal 95 al norte de Boston. Llegué a Kennewick un poco antes del mediodía y fui a verla al hotel. Me dijeron que había salido por la mañana.

Me acerqué en coche a la casa y aparqué en la entrada de gravilla, justo detrás de la camioneta F-150 de Brad. El Mini Cooper azul Tiffany de Miranda también estaba allí. No había visitado la casa en semanas y me alegró ver que las obras iban a buen ritmo. Me pareció que todas las ventanas estaban instaladas y vi que habían llegado las losas de basalto azul que había elegido para el jardín hundido. Caminé hasta detrás de la casa, donde todas las habitaciones del primer piso tenían su propio balcón y un porche acristalado en la planta baja daba a una gran terraza de piedra. Frente a la terraza, habían excavado un agujero rectangular para la piscina. Al subir los escalones de piedra de la terraza descubrí a Brad y a Miranda a través de las altas ventanas de la cocina que daban al océano. Estaba a punto de dar un golpecito en el cristal para que me vieran cuando algo me hizo detenerme. Estaban los dos

apoyados en la encimera de cuarzo recién instalada, mirando por la ventana las vistas de la cala de Kennewick. Brad se estaba fumando un cigarrillo y le vi tirar la ceniza en una taza de café que sostenía con la otra mano.

Pero fue la actitud de Miranda lo que me hizo parar. Había algo en su postura, en su forma de apoyarse en la encimera, orientada hacia la ancha espalda de Brad. Estaba relajada por completo. Vi cómo levantaba tranquilamente una mano para que él le pusiera el cigarrillo encendido entre los dedos. Dio una larga calada y luego se lo devolvió. No se miraron durante el intercambio, y supe que no sólo se acostaban, sino que, además, casi con toda seguridad estaban enamorados.

Lejos de sentir rabia o amargura, lo que experimenté en ese instante fue terror a que me vieran en la terraza, espionando su momento de intimidad. Desanduve el camino hasta llegar a la puerta principal, pasé por el porche y abrí de par en par la puerta de cristal al tiempo que gritaba «¡Hola!» en los cavernosos pasillos de la casa.

—¡Estoy aquí! —me respondió con un grito Miranda, y me dirigí a la cocina.

Se habían separado un poco, pero no demasiado. Brad apagó el cigarrillo en la taza de café.

—Teddy, ¡qué sorpresa! —exclamó Miranda. Era la única persona que me llamaba así, un diminutivo que había empezado siendo una broma porque no me pegaba en absoluto.

—Hola, Ted —dijo Brad—. ¿Qué te parece de momento?

Miranda rodeó la encimera y me dio un beso que aterrizó en la comisura de mis labios. Olía a su champú carísimo y a Marlboro.

—Tiene buena pinta. Mis losas acaban de llegar.

Miranda se rio.

—Le dejamos que elija una cosa y luego es lo único que le preocupa.

Brad también rodeó la encimera y me dio la mano. Era una mano grande, con los nudillos muy marcados. Tenía la palma seca y caliente.

—¿Quieres que hagamos una visita completa?

Mientras Brad y Miranda me acompañaban por la casa, Brad hablando de los materiales empleados en la construcción y Miranda contándome qué muebles irían en cada sitio, empecé a dudar sobre lo que había visto. Ninguno de los dos parecía estar demasiado inquieto por mi presencia. Quizá tan sólo se habían hecho íntimos y tenían ese tipo de amistad en la que compartes cigarrillos y puedes apoyar el hombro en el de tu amigo. Miranda a veces era un poco sobona, se cogía del brazo de sus amigas y saludaba o se despedía de sus amigos con un beso en la boca. Se me ocurrió pensar que tal vez me estaba mostrando paranoico.

Después de la visita guiada por la casa, bajé con Miranda al hotel Kennewick Inn y comimos en la taberna Livery. Pedimos sándwiches de emperador frito con especias y yo me tomé dos whiskies con soda.

—¿Brad te ha hecho volver a fumar? —pregunté, tratando de pillarla mintiendo y para ver cómo reaccionaba.

—¿Qué? —dijo, frunciendo el ceño.

—Olías un poco a tabaco. En la casa.

—Bueno, puede que haya dado un par de caladas. No he vuelto a fumar, Teddy.

—No me molesta. Sólo me lo preguntaba.

—¿No te parece increíble que la casa esté casi terminada? —señaló ella, al tiempo que metía una de sus patatas fritas en mi charquito de ketchup.

Hablamos un rato sobre la casa y empecé a tener aún más dudas sobre lo que había visto. No se comportaba como si se sintiera culpable.

—¿Te quedas el fin de semana? —quiso saber.

—No, sólo quería subir a saludarte. Esta noche tengo cena con Mark LaFrance.

—Anúlala y quédate conmigo. He oído que mañana hará un día estupendo.

—Mark ha cogido el avión expresamente para la reunión. Y tengo que echar algunas cuentas.

Al salir de Boston, había planeado quedarme en Maine toda la tarde con la esperanza de que Miranda accediera a echarse una larga siesta conmigo en su habitación de hotel. Pero después de verla acaramelada con Brad en la carísima cocina que estaba pagando de mi bolsillo, cambié de idea. Tenía un nuevo plan. Después de comer, subí a Miranda al terreno para que pudiera recoger su coche. Entonces, en vez de ir directo hacia la interestatal 95, me metí en la carretera 1 dirección sur hasta llegar a Kittery y su medio kilómetro de tiendas de saldos. Paré junto al Kittery Trading Post, una tienda de material de acampada por la que había pasado a menudo sin entrar ni una sola vez. En unos quince minutos, me había gastado cerca de quinientos dólares en unos pantalones impermeables de camuflaje, un chubasquero gris con capucha, unas gafas de aviador grandes y unos prismáticos de alta gama. Me metí con todo el material en un lavabo público que había delante del *outlet* Crate and Barrel y me puse mis nuevos pertrechos. Con la capucha y las gafas de aviador, me sentí irreconocible. Al menos desde lejos. Volví a tomar la carretera, esta vez en sentido norte, y dejé mi Audi Quattro en un parking público cerca de la cala de Kennewick,

oculto entre dos camionetas. Sabía que no había razón para que Miranda o Brad bajaran a ese aparcamiento en concreto, pero tampoco la había para permitir que mi coche fuera fácil de ver.

El viento había amainado, pero el cielo estaba cubierto de nubes bajas, de un gris monocromo, y una llovizna fina y cálida había empezado a enturbiar el aire. Crucé por la arena mojada de la playa y luego trepé sobre las rocas sueltas y las pizarras que llevaban hacia el sendero de los acantilados. Me movía con cuidado, sin apartar la vista del camino asfaltado —la lluvia lo había convertido en una pista de patinaje y en algunos tramos las raíces de los árboles habían levantado el asfalto—, privándome de la espectacular inmensidad del Atlántico que se extendía a mi derecha. Algunos de los tramos del sendero habían perdido todo el asfalto y un letrero descolorido avisaba a los paseantes de su peligro. Por todo ello, el camino no estaba especialmente transitado y sólo vi a otra persona esa tarde, una adolescente con un jersey con el escudo de los Boston Bruins que olía como si acabara de fumarse un porro. Nos cruzamos sin decir palabra o mirarnos el uno al otro.

Hacia el final del sendero, caminé un rato a lo largo de un muro de cemento que se estaba desmoronando y que marcaba la linde de una casita de piedra, la última construcción antes del medio kilómetro de tierra sin edificar que culminaba en nuestro terreno. Luego, el sendero descendía hasta el nivel del mar, cruzaba por una caleta rocosa llena de boyas destrozadas y algas marinas, y a continuación enfilaba por una pronunciada pendiente entre algunas píceas retorcidas. La lluvia había arreciado, y me quité las gafas de sol mojadas. Las posibilidades de que Miranda o Brad estuvieran fuera de la casa

eran remotas, y mi plan consistía en pararme justo antes de la extensión de tierra despejada y situarme entre unas matas de arbustos perennes en la parte más baja del promontorio. Si cualquiera de los dos echaba un vistazo por la ventana y me veía con mis prismáticos, supondría que era un aficionado a la ornitología. Si venían a buscarme, siempre tendría la posibilidad de retirarme de prisa hacia el sendero.

Cuando pude ver la casa asomando por encima de la tierra martirizada por las obras, me sorprendió, no por primera vez, que el estilo de la fachada posterior, la que miraba al océano, fuera tan distinto del de la fachada que daba a la carretera. La fachada principal tenía un revestimiento de mampostería con unas pocas ventanitas repartidas aquí y allí y unas imponentes puertas de madera oscura coronadas por unos arcos exagerados. La fachada posterior era de madera pintada en beis y, con todas sus ventanas y balcones idénticos, hacía pensar en un hotel de tamaño mediano. «Tengo muchos amigos», había dicho Miranda cuando le pregunté por qué la casa necesitaba siete habitaciones de invitados. Y luego me dirigió una mirada como si le hubiera preguntado por qué consideraba necesario instalar agua corriente en la casa.

Encontré un buen sitio bajo una píceca raquítica que estaba doblada y retorcida como un bonsái. Me eché en la tierra mojada y ajusté los prismáticos hasta que conseguí tener enfocada la casa. Me encontraba a unos cincuenta metros y podía ver con facilidad a través de las ventanas. Hice una pasada por la planta baja sin descubrir ni un movimiento y luego empecé con la primera planta. Nada. Me tomé un descanso y estudié la casa a simple vista, pensando lo bien que me habría ido poder

controlar también la entrada. Hasta donde alcanzaba a ver, no había nadie en casa, aunque había visto la camioneta de Daggett al dejar a Miranda.

Unos años antes, había salido a pescar un día con un colega que también especulaba con las puntocom. Aquel tipo era el mejor pescador de aguas abiertas que he conocido en mi vida. Podía mirar la superficie del océano y saber exactamente dónde estaban los peces. Me contó que el truco consistía en desenfocar la mirada y empaarse de golpe de todo el campo visual. Al hacerlo, podía captar destellos de movimiento, perturbaciones minúsculas en el mar. Lo intenté aquel día y sólo conseguí un molesto dolor de cabeza. Así pues, tras dar otro repaso con los prismáticos y no ver nada, decidí usar el mismo truco con mi casa. Dejé que todo se desdibujara ante mis ojos, al acecho de cualquier movimiento que se traicionara a sí mismo, y después de observar la casa durante menos de un minuto capté un movimiento a través de la ventana alta de lo que habría de ser la sala de estar en la cara norte de la casa. Empuñé los prismáticos y enfoqué la ventana. Brad y Miranda acababan de entrar. Podía verlos bastante bien; el sol poniente daba en la ventana en un buen ángulo e iluminaba el interior sin resplandecer en el cristal. Vi que Brad se acercaba a una mesa improvisada que habían montado los carpinteros. Cogió un trozo de madera que parecía una sección para la moldura de escayola del techo y se lo mostró a mi mujer. Pasó el dedo por las ranuras y ella hizo lo mismo. Los labios de Brad se movían y Miranda asentía a lo que le estuviera diciendo.

Por un breve instante me sentí ridículo, un marido paranoico vestido de camuflaje que espía a su mujer y al maestro de obras de su casa; pero cuando Brad dejó el

molde vi que Miranda se metía entre sus brazos, echaba la cabeza hacia atrás y lo besaba en la boca. Con una de sus grandes manos, Brad le apretó el trasero y la atrajo hacia sí, mientras que con la otra le agarraba un mechón de su pelo despeinado. Quise no seguir mirando, pero por alguna razón no pude. Los contemplé durante diez minutos por lo menos. Observé cómo Brad ponía a mi mujer contra la mesa, levantaba su falda morada y le quitaba unas diminutas braguitas blancas antes de penetrarla por detrás. Observé cómo Miranda se colocaba de forma idónea sobre la mesa, con una mano apoyada sobre el canto y la otra entre sus piernas, guiándolo hacia dentro. Saltaba a la vista que no era la primera vez que lo hacían.

Me dejé caer hacia atrás y me senté en el suelo. Cuando pude volver al sendero, me puse la capucha y vomité la comida en un oscuro charco rizado por el viento.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó mi compañera de vuelo cuando terminé de contarle mi historia.

—Poco más de una semana.

Entornó los ojos y se mordió el labio inferior. Tenía los párpados tan pálidos como el papel de fumar.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó.

Era precisamente la pregunta que me había hecho durante toda esa semana.

—Lo que me gustaría de verdad es matarla.

Sonreí con la boca entumecida por la ginebra y quise guiñarle el ojo sin mucho éxito para darle la oportunidad de no creerme, pero su semblante permaneció serio. Levantó sus cejas rojizas.

—Creo que debería —dijo, y esperé alguna señal de que me estuviera tomando el pelo, pero no llegó nada. Su mirada no flaqueaba.

No aparté los ojos y me di cuenta de que era mucho más guapa de lo que había pensado al principio. Tenía una belleza etérea, intemporal, como si fuera la modelo de un retrato renacentista. Tan distinta de mi mujer, que parecía sacada de la tapa de una novela barata de los años cincuenta. Me disponía a hablar de nuevo cuando ella ladeó la cabeza para escuchar el aviso distorsionado del altavoz. Acababan de anunciar el embarque de nuestro vuelo.